

Últimas noticias sobre Dorian Gray

Luis García Tójar
Universidad Complutense de Madrid

En éstas mis memorias, en este ajuste de cuentas, no puedo dejar de confesar que contemplo mi propio periodismo como el desengaño de un gran amor. Tantas manchas, tantas sombras, tanto andar sobre el alambre y caerse de él. No creo que nadie, en esta profesión, pueda mantener completamente la pureza moral, y, sin embargo, en cada artículo y cada crónica que he escrito, mis opiniones han sido coherentes con lo que ha ido a la rotativa o ha salido en la pantalla

Henryk Korotynski, periodista polaco, en 1987.

Toda investigación científica tiene como objetivo construir una representación de la realidad, una explicación para una serie de fenómenos, previamente definidos y delimitados, cuyo conocimiento previo es considerado insuficiente por parte del investigador. Tiene, por tanto, carácter práctico: sirve o debe servir para (ayudar a) reparar algo que no funciona bien o que, funcionando perfectamente, origina problemas a su alrededor. La explicación o *solución* que, cuando es necesario y posible, propone el responsable de la investigación es asimismo un cuento sobre la realidad. Pero no cualquier *cuento*, sino uno que permita comprender la realidad conociendo, al mismo tiempo, las partes de lo real que quedan fuera de foco: de otro modo, no mantendría con la realidad una relación de semejanza o proximidad sino de identidad. Esa distancia cognoscitiva respecto de lo real configura, cuando es explícita, la especificidad del relato científico.

El científico (*a fortiori* el científico social) fabrica un *Pinocho*, lo más parecido posible a los demás niños, con objeto de averiguar cómo son las cosas entre los más pequeños. Este artículo tiene como objeto presentar uno de esos pinochos, una investigación de campo que consta de 60 entrevistas personales (de tipo semi-dirigido) con periodistas y estudiantes de periodismo españoles (estratificados con la edad y el sexo como variables independientes, y el cargo y el tipo de medio de comunicación como variables dependientes), realizadas entre noviembre de 1997 y junio de 1998¹.

La entrevista personal es una técnica de la que se obtiene mucha información importante (si se realiza adecuadamente, una cierta reconstrucción analítica de la vida personal del entrevistado) pero al mismo tiempo muy heterogénea, cuyos ítems no son fáciles de agrupar en categorías y donde el investigador corre siempre el riesgo de violentar lo que la persona entrevistada quiso decir. Por tanto, frente al frondoso bosque de las palabras, se ha optado por utilizar como guías analíticas las conclusiones de otros estudios más representativos desde el punto de vista estadístico. Y las con-

clusiones provisionales de esta investigación de campo son cuatro: cerramiento, distancia social, frustración profesional y anomía. Así podemos caracterizar, esquemáticamente, las condiciones actuales del periodista en nuestro país.

CERRAMIENTO

La encuesta realizada en 1990 sobre una muestra de 700 periodistas españoles (APM, 1990, p. 6) presenta una imagen bastante *familiar* de la profesión: casi uno de cada tres entrevistados contaba entonces con otro periodista en su familia (sobre todo padres e hijos), lo que sugiere según los autores de aquel estudio la presencia de "mecanismos de emulación y asimilación y no puras coincidencias del azar". En cuanto a los matrimonios, el 45% de las mujeres periodistas que tienen algún miembro de la profesión en la familia están casadas con un periodista (al revés, sólo el 16%). Tenemos, por lo tanto, un espacio profesional que presenta un grado de cerramiento similar al existente en otras de las llamadas profesiones liberales.

Sin embargo, el acceso al campo profesional se realiza, en un número altísimo de casos y tras el consentimiento de un periodista veterano, casi siempre el responsable del proceso de selección del personal, a través de las facultades y escuelas que imparten licenciaturas específicas de Periodismo: la encuesta mencionada (APM, 1990, p. 5) calculaba en 1990² un 66% de ingresos vía CCI-EOP para el conjunto de la profesión, que se elevaba al 91% para los menores de 35 años. En los últimos años, la contracción del mercado laboral en el periodismo (endurecimiento de las condiciones de trabajo) está provocando que, entre quienes consiguen al final la entrada para el mismo, haya un porcentaje aún mayor de licenciados en la titulación específica.

Así pues, el periodismo es un mundo con un nivel creciente de oclusión, lo que, como es lógico, se manifiesta también en el desempeño de la profesión y en los valores dominantes, cuyo espacio de posibles es sorprendentemente estrecho y homogéneo, y convierte el seguidismo y la emulación (apoyadas desde los centros de formación y en las mismas redacciones) en prácticas comunes, facilitando la difusión de normas e ideologías profesionales, como la competitividad:

Sabemos todos perfectamente que si el de al lado puede no facilitarte las cosas, pues mejor. Uno menos. Por otro lado, es normal. O sea, yo no lo haría, a mí me piden apuntes y los deajo sin problemas, pero... va en la persona, es que te fuerzan un poco a ello, dices madre mía, tengo la competencia de 800.000 que se hacen llamar profesionales y no lo son, y luego mis compañeros, 150 de media por aula, te puede entrar un poco la neura (Estudiante, mujer, 1974)³.

Ejemplo 2, en la misma línea:

En esta carrera los que estudiamos nos conocemos desde primero, vamos subiendo cursos juntos, somos amigos y tenemos una relación muy fuerte que

va más allá de las aulas de la facultad. Pero cuando llegan los últimos cursos piensas: aquí hay mucha gente y poco trabajo. A mí me gustaría que nos colocásemos todos, pero aquí... esto desgraciadamente es la ley de la selva (Estudiante, hombre, 1975).

Ejemplo 3, aún más duro:

Yo tengo dos amigas periodistas: de una sigo siéndolo al precio de no hablar nunca de puñaladas traperas, y con la otra rompí relaciones porque, viviendo ella en mi casa, salió una corresponsalía de Europa Press y esta chica se me adelantó (Periodista, mujer, 1973).

Entendemos que no es casual que las tres tomas recién reproducidas pertenezcan a entrevistas con los periodistas más jóvenes, que son quienes se están socializando en un mundo laboral más competitivo y proletarizado. Tanto en los anteriores como en el ejemplo siguiente se deja ver, entre la nostalgia, lo cerrada que es la red de relaciones sociales del periodista:

Yo he vivido otra época. La vida en el periódico era distinta. Ahora los periódicos parecen oficinas, y entonces todavía estaba coleando la vieja bohemia. El periódico todavía tenía ese aire ingenioso, gracioso, un poco arbitrario y al mismo tiempo muy familiar. Entonces íbamos a la redacción porque era donde más a gusto se estaba. Era una vida deslumbrante, como esos niños que están deseando ir al colegio. Nunca cenaba en casa, cenábamos en un restaurante que hay enfrente del periódico. Conocí a mi mujer en el periódico (Periodista, hombre, 1923).

Una red que con el tiempo consolida todavía más su fuerza. Veamos cómo se expresaba un periodista de RNE, medio público donde la estabilidad y la permanencia son mayores:

Aquí la plantilla no se ha renovado y lleva muchos años trabajando. No ha habido oposiciones desde hace 15 años, aquí están los que llevan toda la vida. La queja no es la competitividad sino el cansancio, la rutina, la falta de estímulos. En RNE el mayor problema es que todo el mundo se conoce en lo profesional y en lo personal, lo cual es muy peligroso porque crea un ambiente muy endógeno (Periodista, hombre, 1962).

Las relaciones más estrechas en los medios de comunicación se producen entre los periodistas de igual o similar rango. Como ocurre en otras instituciones (por ejemplo, una gran empresa o un cuartel militar), el contacto de la infantería con la dirección es mínimo:

La relación entre los redactores y las altas esferas del medio es nula. Yo, por ejemplo, en ABC tuve mucha relación lógicamente con mi redactor-jefe, con los subdirectores muy escasamente por temas concretos de información u opinión, con el director creo que he cruzado la palabra una vez aparte del

saludo si te lo cruzabas, y por supuesto con la cúpula empresarial nada de nada. Y en la SER, idem de idem (Periodista, hombre, 1971).

Y ello provoca que las ideologías profesionales, es decir, tanto las que son elaboradas por ellos mismos como las que hacen suyas, se difundan intensiva y extensivamente entre los periodistas, que comparten un espacio cada vez más limitado de visiones del mundo:

Yo vengo de una ciudad pequeña y aquí en Madrid es alarmante, alarmante, sobre todo a partir de ciertos niveles, bueno, la realidad virtual que se hacen los periodistas. Viven en un mundo que es totalmente ajeno a la realidad. Es una especie de gran familia, insisto, a partir de ciertos niveles, pero eso te acarrea vivir en un mundo virtual que no comparto para nada (Periodista, hombre, 1962).

Hay un ámbito profesional donde el cerramiento y la emulación se muestran particularmente agudos: la relación entre los políticos y los periodistas que realizan información parlamentaria, interacción casi simbiótica entre dos grupos de personas que se necesitan o creen necesitarse mutuamente y del que ambos pueden extraer beneficios profesionales (Mancini, 1994). Veamos algunas opiniones al respecto:

En el parlamento son todos una pandilla de coleguis. Dices de qué medio eres y ya está todo definido de antemano. Se confunde al periodista con el medio. Dices que eres de El Mundo y los del PP te pasan la mano por encima (Periodista, hombre, 1962).

O bien:

Con los políticos puede haber mucha relación de ir a tomar café, pero creo que eso influye más en los jovencitos que en la gente que ya estamos un poco más curtidos. A mí lo que me influye muchísimo son las fuentes. El señor que después de una reunión secreta se queda y te la cuenta, a mí me cuesta mucho cargármelo porque pasado mañana habrá otra reunión secreta y querré que me la cuente (Periodista, hombre, 1941).

La relación de proximidad entre políticos y periodistas ayuda a que los valores que han calado en un grupo profesional tan permeable a las elites sociales y a las fuerzas exteriores, como es la llamada clase política, penetren en el mundo periodístico y, a través de éste, aproximen su campo de fuerzas al conjunto de la sociedad.

DISTANCIA SOCIAL ENTRE PERIODISTAS JÓVENES Y VETERANOS

La ocupación de los padres de los entrevistados revela otro fenómeno singular que se viene produciendo en España durante la segunda mitad del siglo XX: la edad del periodista y la categoría socio-profesional de su padre son directamente proporcio-

nales. Mientras que en los dos primeros grupos de edad, es decir para todos los menores de 35 años, la profesión mayoritaria del padre es empleado sin cualificación, si consideramos el tercer y cuarto grupo, o sea, todos los mayores de 35 años, encontraremos que la categoría dominante, con gran distancia sobre las demás, es la de propietario de un pequeño negocio (ver Tabla 1⁴).

Tabla 1.
Categoría socio-profesional de los padres.

	< 25 años		25-35 años		35-45 años		> 45 años		TOTAL	
	Padre	Madre	Padre	Madre	Padre	Madre	Padre	Madre	Padre	Madre
Ama de casa	—	8	—	10	—	12	—	12	—	42
Obrero/a	1	—	2	1	1	—	1	1	5	2
Empleado/a	3	2	4	2	—	—	2	—	9	4
Empl. Cualif.	2	2	1	—	2	—	2	—	7	2
Peq. Comercio	1	1	1	1	5	2	7	2	14	6
Cuadro medio	1	—	3	—	3	—	—	—	7	—
Cuadro sup.	—	—	1	—	4	1	3	—	8	1
Funcionario/a	3	1	3	—	—	—	—	—	6	1
Pensionista	4	1	—	1	—	—	—	—	4	2
TOTAL	15	15	15	15	15	15	15	15	60	60

Podemos extraer la conclusión de que el origen social del periodista, siempre dentro de los límites de lo que usualmente se entiende por clase media, sigue una trayectoria descendiente en los últimos 50 años. Se abre pues una brecha entre los periodistas más jóvenes y los más veteranos, que puede decirse, hablando en general, que pertenecen a espacios sociales bastante diferentes, un hecho que tiene que afectar de alguna manera a la relación entre ambos colectivos así como a sus respectivas visiones del mundo.

Las razones de este cambio son históricamente comprensibles. En el largo crepúsculo del Franquismo, desde mediados los años 60 hasta después de la muerte del dictador, tiene lugar un cambio generacional en nuestras redacciones: los periodistas de *combate*, que habían hecho la guerra de una u otra manera junto al ejército vencedor, dejan paso a una nueva generación, nacida en los años 40, que aporta un modo de hacer periodístico diferente, algo más progresista en lo político, pero sobre todo inicia la consideración del trabajo informativo como una ocupación *profesionalizable*, donde existe un cuerpo de conocimientos que es necesario conocer, unas rutinas, en definitiva un periodismo más alejado de los objetivos propagandísticos que habían dominado en España y Europa durante la primera mitad del siglo XX.

Esta generación de los 40 está dejando paso hoy, en las redacciones españolas, a

las cohortes de periodistas nacidos entre 1960 y 1970, que representan un modo algo diferente de entender la vida y la profesión. Sin la experiencia vital de haber combatido (o apoyado) una dictadura desde un medio informativo, atraídos al periodismo más por afán literario que por interés político, con una formación académica mucho más amplia, los nuevos periodistas mantienen relaciones difíciles con los que a menudo son sus jefes superiores o directos.

Aunque los estereotipos vocacionales siguen funcionando a la perfección, como veremos más adelante, los periodistas y aspirantes a periodistas más jóvenes no son, en general, tan vocacionales como sus colegas mayores. Tienen claro que les gusta el periodismo, pero les da igual el medio o el campo temático donde ejercer la profesión: se preocupan más por lograr un contrato estable para hacer *lo que sea* y luego ir ascendiendo. Los jóvenes que tienen un origen social más elevado (hijos de funcionarios y pequeños comerciantes) mantienen una relación mucho más distante hacia su profesión de la que manifiestan los veteranos:

Yo no estoy dispuesta a sacrificar mi vida por el periodismo: no me gustaría no tener tiempo para leer, o para seguir estudiando, o para tener hijos (Estudiante, mujer, 1976; hija de un dirigente sindical).

Los mayores de 35 años relatan su entrada en el periodismo como un proceso más vocacional. Algunos de ellos, sobre todo los que partían de un origen social más alto, tuvieron que enfrentarse a sus padres para alcanzar la profesión:

Mi familia no quería que me dedicase al periodismo. Pensaban que era un rebajamiento intelectual (Periodista, hombre, 1951; hijo de diplomático),

o contemplan el periodismo dentro de una particular visión de las cosas:

Mi generación, que entra en la universidad a principios de los setenta, es una generación muy progre, muy de izquierdas, muy solidaria, en teoría, en teoría, muy del Che Guevara, muy de todas esas... de toda esa parafernalia. Unos estudiantes nos fuimos a Alemania del Este a unos campos de trabajo, una experiencia desastrosa. Todas esas jilipolleces que hace uno de estudiante (Periodista, hombre, 1952; hijo de un ingeniero del ICAI).

En este cambio generacional se produce la entrada de las mujeres en la profesión periodística española. Del hecho que en los medios informativos haya un porcentaje mayor de mujeres que en otras profesiones liberales no cabe concluir que no exista sexismo, ya que las periodistas ocupan muy pocos cargos de dirección en los medios y están muy discriminadas salarialmente. Así contaba su entrada en la profesión una veterana periodista, adjunta a la dirección de un gran diario madrileño:

Cuando muere Franco arranca un estilo de periodismo totalmente distinto. La

gente que hubiera tenido que ocupar los cargos de responsabilidad en los periódicos nuevos era la que tenía 40 ó 45 años, pero eran franquistas o estaban alcoholizados, y en ese momento nos incorporamos las mujeres con la misma naturalidad que los hombres, e incluso las chicas teníamos la ventaja de que nuestras madres habían querido que aprendiésemos idiomas, y resultó que cantidad de mujeres entramos a hacer información (Periodista, mujer, 1951; hija de un matemático).

A la distancia social entre los orígenes sociales de periodistas jóvenes y veteranos, y entre hombres y mujeres, hay que añadir la evidente diferencia que existe en lo que respecta a retribuciones salariales y estabilidad laboral entre estos colectivos, diferencia que no hace más que acentuarse en los últimos tiempos. Los veteranos ven a sus nuevos (y nuevas) colegas como profesionales demasiado competitivos, más preocupados por ascender que por aprender. Un ejemplo, a cargo de un reportero que es, además, profesor de Periodismo y tiene contacto con los jóvenes principiantes:

Cuando yo empezaba en este mundo, la gente quería trabajar en el periodismo, y la gente ahora quiere mandar. Creen que la primera fase de aprendizaje es rutina y después viene el dominio de una parcela de poder. Creo que es un error de las nuevas generaciones pensar que el periodismo es una parcela de poder, aunque lo es, indudablemente quien tiene información tiene poder, pero el ejercicio del periodismo debe entender la información como servicio público (Periodista, hombre, 1955; hijo de un mariner).

En el periodismo español actual conviven, por lo tanto, dos grandes tipos de orígenes y posiciones sociales, uno más elevado por parte de los veteranos y otro, algo inferior, por parte de los más jóvenes (entre los cuales hay un porcentaje muy significativo de mujeres). Ello implica la convivencia de dos (o más) modos distintos y a menudo opuestos de entender la profesión, de dos *mentalidades* o *habitus* que chocan continuamente en el ejercicio profesional, lo que dificulta la relación cotidiana entre los dos grupos y actúa como generador potencial de anomía.

FRUSTRACIÓN PROFESIONAL

Todas las profesiones producen unos niveles *normales* de frustración en las personas que las desempeñan. Sin embargo, pensamos aquí que en el periodismo actual se dan ciertas circunstancias específicas que aumentan o agudizan ese malestar. La información atrae, según nuestras entrevistas, a un tipo concreto de vocacional en busca de dos tesoros que —si hemos de seguir las afirmaciones expresadas por los profesionales más veteranos— raramente se encuentran en la actividad laboral cotidiana: aventura y literatura (Tablas 2, 3 y 4).

Tabla 2. Atractivos de la profesión periodística que le hicieron elegirla⁵.

	< 25 años	25-35 años	35-45 años	> 45 años	TOTAL
Literatura (escribir)	3	3	6	8	20
Aventura (vida bohemia)	7	4	7	-	18
Saber cosas	4	1	5	4	14
Contar cosas	6	1	2	3	12
Contacto con la gente	7	1	-	-	8
Elegí por descarte	-	5	-	3	8
Otros motivos	3	-	-	1	4
TOTAL					84

Tabla 3. Carreras alternativas al periodismo que se planteaban en el momento de elegir estudios superiores.

	< 25 años	25-35 años	35-45 años	> 45 años	TOTAL
Ninguna otra	6	4	12	4	26
Economía	2	2	-	2	6
CC. Políticas	3	2	-	-	5
Derecho	2	1	-	1	4
Historia	2	2	-	-	4
Filología	2	2	-	-	4
Filosofía	1	-	-	3	4
Imagen y sonido	2	1	-	-	3
Música	-	-	2	1	3
Arte dramático	1	1	-	-	2
Idiomas	-	1	-	1	2
Psicología	-	1	-	1	2
Sociología	-	1	-	1	2
Arquitectura	-	1	-	1	2
Pintura	-	-	1	1	2
Otros estudios	2	3	-	-	5
TOTAL					76

Tabla 4. Profesiones alternativas al periodismo que se hayan planteado.

	< 25 años	25-35 años	35-45 años	> 45 años	TOTAL
Ninguna otra	7	3	9	8	27
Profesiones artísticas (literatura)	5	3	3	3	14
Enseñanza	2	2	2	1	7
Arquitectura	-	2	-	1	3
Publicidad	2	-	-	-	2
Diplomacia	1	1	-	-	2
Derecho	-	2	-	-	2
Otras	2	4	1	2	9
TOTAL					65

Este tipo tan específico de vocaciones provoca una frustración que podemos considerar estructural y que se manifiesta por doquier entre los informadores:

Desde que tenía ocho años ya quería ser periodista y escritora, porque pensaba que era una profesión útil para cambiar el mundo. Fue por un poco de utopía. Luego, en el ABC, desterré el tópico de que el periodista era libre, objetivo, independiente y que puedo cambiar el mundo. Hombre, lo de cambiar el mundo todavía no lo he desterrado, pero sí desterré que podía cambiar el mundo desde el ABC (Periodista, mujer, 1971).

Ejemplo 2:

Mi primer trabajo fue de reportero en Europa Press, como paparazzi para rellenar el Hola y el Diez minutos con mentiras, calumnias y pornografía. Fue en el año 1963 y fue una experiencia absolutamente traumática (Periodista, hombre, 1951).

El siguiente ejemplo es interesante porque el desencanto viene cuando el periodista se da cuenta de que su profesión es un trabajo más:

No creo que sea desencanto, sino consecuencia de llevar 30 años en la profesión. Realmente ves que es un trabajo más en el que no puedes aportar nada nuevo porque ni tienes medios ni te van a estimular ni nada (Periodista, mujer, 1951).

En el fondo, para la gran mayoría de los periodistas entrevistados su trabajo es algo especial, o pensaban que lo era. Ése es el origen de su frustración:

Ésta es una profesión que te pide muchísimo más que las demás si quieres llegar a triunfar, entre comillas. Te puede llegar a influir tanto en tu vida privada que te la puede destrozar. No es una profesión como las demás. Puede ser una profesión como las que están relacionadas con el arte, que te exigen algo especial, pero no la puedes comparar con un banquero o un conductor de autobuses, para nada. No es una profesión como las demás. Nunca (Periodista, mujer, 1961).

Entre los más jóvenes, el fenómeno es muy similar. El tipo de vocación, podemos decir, ha experimentado pocas variaciones relevantes a lo largo de estos años. Así relataba su primer contacto con la profesión una estudiante andaluza que se considera supervocacional del periodismo:

Yo de hecho quise dejar esto en un momento dado, a pesar de mi vocación. Pero para mí estar ahí, aunque no sea haciendo lo que quiero, era una satisfacción, lo que siempre había querido hacer. Pero sí fue un shock darte cuenta de muchas cosas, sobre todo en primero. En primero, cuando yo llegué, lo primero que me dijeron, ilusa de mí, fíjate cómo llegué, fue que la

objetividad no existía. Qué trauma. Cómo que la objetividad no existe, si García [José María García] se pasa cada media hora diciendo que si la objetividad y que no sé cuántos, verdades como puños, que era el lema de la COPE. Me dieron ganas de llorar cuando me lo dijo mi profesora de Redacción periodística. Usted me está mintiendo. Pero dije: tú sigue ahí que tú puedes. No existirá para ellos. Tú podrás cambiarlo de alguna manera. Luego te das cuenta de que las cosas son más complicadas y de que no depende de ti. Estando en tu casa, tan contento, no necesitas comer porque te lo dan tu padre y tu madre, piensas que la objetividad es lo más maravilloso del mundo. Pero cuando tienes que comer, dices: la objetividad, ahí que se quede (Estudiante, mujer, 1976).

Otra compañera suya lo vivió de este modo:

Aunque la gente habla muy mal de la facultad, yo llegué superilusionada y muy feliz porque eso era lo que quería. Luego empecé a estudiar cómo eran los medios de comunicación, la estructura de las empresas, que realmente no explican lo que hay sino lo que quieren, y me di cuenta de que no valgo para eso, o sea que el periodista puede entender pero no es el que entiende del todo, es el que va con el micrófono y escribe lo que otro dice. Yo no quiero entrar en ese juego, no me gusta nada (Estudiante, mujer, 1976).

La mayoría de quienes logran entrar en la profesión, contrariamente a lo sugerido en el ejemplo anterior, no dimite. Siempre pueden encontrar aspectos positivos en una ocupación que promete niveles aceptables de bienestar (no se proletariza sólo el periodismo, recordemos):

Si no hubiese entrado en "El País", no hubiese disfrutado de la misma felicidad en relación con mi profesión, pero por una causa material, ya que parte de la felicidad se debe a una tranquilidad económica que siempre he tenido en "El País", y además profesionalmente hay una distancia abismal entre el grado de presión que puedes tener aquí comparado con los otros medios (Periodista, hombre, 1947).

○ bien, simplemente, no lo dejan porque no pueden:

La gente no abandona la profesión porque no sabe prepararse una salida. Tiene un límite, llega un momento en que la alegría de publicar un reportaje o la emoción de sacar una crítica se va consumiendo, y cuando pasan unos años el periodista no puede salir, está atrapado y lo mejor que puede hacer es construirse un gabinete de prensa, en el mejor de los casos (Periodista, hombre, 1951).

Y entonces los hábitos y rutinas, que se dan en el periodismo y en casi todas las ocupaciones, producen mayor frustración:

Yo veía el periodismo como una profesión tremendamente ágil, pero cuando llevas mucho tiempo en un sitio la agilidad la pierdes y la forma de tratar los problemas es rutinaria. El principal motivo de desengaño es el aburrimiento: empiezas quemándote porque trabajas a destajo por un duro y ya vas bajando la guardia. A mí no me importa trabajar 16 horas seguidas si hace falta, pero me mata la rutina (Periodista, mujer, 1970).

Aunque son clara minoría, también hay quienes manifiestan un modo de ver su profesión más humilde o, como decíamos antes, profesionalizado:

Todo depende de las aspiraciones. Si quieres ser el Pulitzer pues obviamente estarán fracasados la mayoría, pero si lo que quieres es mantener a la gente informada de lo que pueda ocurrir, que es lo que yo creo que es el periodismo, un mero transmisor, no tiene por qué defraudar (Periodista, mujer, 1960).

No es raro que los profesionales de un determinado campo protesten a propósito de su trabajo. Pero lo que sí nos hace pensar que hay algo más allá de la insatisfacción personal (las crisis de los 30, 40, 50, 60 y siguientes) es que todos, o la mayoría, se quejan de lo mismo: esta profesión no es como pensábamos, como nos la habían contado; es peor, más aburrida, más normal. Es un trabajo para cualquiera y yo no me siento cualquiera.

Hemos observado que el periodista acude a su profesión en busca de algo que en la mayoría de los casos no encuentra durante el ejercicio profesional y que los dos principales modelos vocacionales, aventura y literatura, conducen con gran probabilidad a la frustración profesional. También vimos que la imagen del periodismo que circula socialmente, difundida desde los propios periodistas, los medios de comunicación (por ejemplo, el cine o la televisión) y, en ocasiones, desde las facultades de Ciencias de la Información, tiene muy poco que ver con la experiencia relatada por los profesionales.

A este malestar que, destruyendo la concepción de su trabajo que el periodista había construido previamente a su contacto directo con la realidad profesional, contribuye a atomizar su percepción general de las cosas, la consideramos aquí, por los motivos expuestos, *frustración estructural*.

ANOMÍA

Puede hablarse de anomía cuando un grupo de individuos experimenta que la moralidad social, que antes les limitaba en sus actos cotidianos, ya no les constriñe. Lo que tiempo atrás les parecía criterio adecuado para juzgar si una conducta es correcta o incorrecta, ha dejado de tener esa apariencia porque súbitamente ha sido desdicho por la realidad: un cambio en esferas sociales cercanas o lejanas a la persona (lo más normal es que el cambio se produzca en *todas* esas esferas, pues forman parte

de un conjunto que podríamos considerar, metafóricamente, orgánico] hace que de repente, los criterios morales y culturales dejen de funcionar en las interacciones sociales.

Desde esta visión funcionalista, los individuos sentimos una especie de miedo a la libertad cuando percibimos que nuestros viejos mapas ya no pueden guiarnos por el territorio social y, frente a un múltiple abanico de caminos posibles, nos quedamos quietos, aferrados a las viejas normas como a un fósil que se deshace al contacto. De esta interpretación algunas escuelas del funcionalismo deducen que los seres humanos necesitamos un equipo normativo común para poder vivir en sociedad, porque nuestra esencia es la vida en comunidad y sin esa moralidad común estaríamos incompletos.

No es éste el lugar correcto para entrar en debate con el funcionalismo. Por ahora bastará con manifestar nuestro desacuerdo con esta interpretación maximalista y esencializadora de la idea de anomía: optamos, en estas páginas, por una consideración más limitada, históricamente determinada y detectable tras una indagación empírica: *ese estado de confusión* que experimenta temporalmente cualquier ser humano cuando descubre que un instrumento del que se ha servido repetidas veces para lograr un objetivo, de repente, deja de servir para lo que antes era útil.

A lo largo de nuestras entrevistas con periodistas de diferentes edades y condiciones, hemos percibido, manifestaciones abrumadoras de este desconcierto anómico. Más adelante propondremos relatos explicativos para él, que pensamos tiene bastante relación tanto con la organización laboral del periodismo en nuestro país como con la estructuración social tanto en España como en el mundo occidental. Por el momento, aquí van algunas pruebas de nuestro diagnóstico.

El principal resultado que producen las tablas 5 y 6 es, precisamente, que aportan poca información sobre los criterios más adecuados para diferenciar la buena de la mala práctica del periodismo. El que ninguno de los criterios mencionados alcance más del 15% con relación al total de respuestas expresa el grado de confusión que los periodistas manifiestan al respecto de su comportamiento profesional cuando se les pregunta sin ofrecerles una matriz de respuestas preconfiguradas: este hecho pasa desapercibido en la mayor parte de investigaciones⁶ sobre el colectivo (APM, 1990; Mancini y Pellegrini, 1994; Patterson y Donsbach, 1992; Weaver, 1998), realizadas a través de un cuestionario-test a menudo remitido por correo.

La confusión toma perfiles más concretos cuando se analizan las respuestas obtenidas en las entrevistas. Escuchemos primero a dos estudiantes de periodismo:

Todos los profesores nuestros nos dicen que el periodismo de hoy no tiene nada que ver con lo que había antes y que lo que había antes era lo bueno (Estudiante, mujer, 1976).

Tabla 5.
Periodismo de calidad es el que...

	< 25 años	25-35 años	35-45 años	> 45 años	TOTAL
Contrasta las fuentes	5	4	6	4	19
Es riguroso	2	4	4	6	16
Está bien redactado	-	4	5	6	15
Informa y enseña	4	4	2	-	10
Es especializado	-	1	-	6	7
Es independiente	-	1	3	3	7
No existe	-	4	-	1	5
Es objetivo	3	1	1	-	5
Es honesto	1	1	2	1	5
Está cerca de la sociedad	1	-	3	1	5
Investiga	2	-	2	-	4
Refleja la realidad	-	-	2	2	4
Se limita a informar	3	-	-	-	3
Es un servicio público	1	-	2	-	3
Tiene medios técnicos	-	-	2	1	3
Es crítico	-	-	-	2	2
Lo hace lo mejor posible	2	-	-	-	2
Otros (1 mención)	1	1	4	2	8
TOTAL					123

Tabla 6.
Modelo concreto de periodismo de calidad.

	< 25 años	25-35 años	35-45 años	> 45 años	TOTAL
No existe/No sé decir	5	3	2	5	15
El País	3	3	7	2	15
Informe semanal (TVE 1)	1	-	3	1	5
Le Monde	1	-	2	2	5
La Vanguardia	1	1	2	-	4
La BBC	-	-	3	1	4
El periodismo de EE.UU.	-	-	3	-	3
Los documentales	2	-	-	-	2
La SER	1	-	1	-	2
Línea 900 (TVE 2)	-	1	1	-	2
Abierto en Canal (Canal +)	-	2	-	-	2
Julia Otero	-	2	-	-	2
Iñaki Gabilondo	-	-	2	-	2
Otros (1 mención)	-	-	-	-	36
TOTAL					99

Y.

La gente, en líneas generales, está bastante despistada. Hay mucha gente que no sabe qué hacer. Conseguir prácticas se puede intentar, yo veo que hay mucha gente que ni lo intenta, o que tiene una idea del periodismo muy diferente de la realidad, sobre todo en primero de carrera. Luego ya se les van abriendo los ojos, la gente habla un poco de la decepción que se ha llevado (Estudiante, mujer, 1975).

Dado que, como hemos visto antes, los periodistas en ejercicio reconocen esa misma decepción en el momento de entrar a trabajar en un medio de comunicación, podemos concluir que los estudios de periodismo, al menos los que se imparten en Madrid⁷, no terminan de abrir los ojos de los jóvenes estudiantes respecto de la profesión a la que aspiran. El juicio de los profesionales más experimentados sobre los estudios de Periodismo tiene, por mayoría abrumadora, el pulgar hacia abajo.

Hay un déficit de educación impresionante, en la facultad de periodismo la educación que nos han dado no sirve para nada. Yo estudié en la Complutense y a lo mejor los compañeros que vienen de Navarra están mejor formados porque han hecho prácticas. En esta profesión lo más importante es empezar a trabajar lo antes posible (Periodista, hombre, 1965).

En lugar de discutir, una vez más, si las actuales licenciaturas en Periodismo son o no son adecuadas para esta actividad profesional, si los planes de estudio o la capacitación del profesorado son aceptables, si estas carreras deberían transformarse en diplomaturas, si la llamada tercera vía debería ser vía única para acceder a las redacciones, etc., pensamos que es más fértil detenerse en las razones por las que la mayoría de los periodistas españoles acusa a las facultades de CCI de fracaso académico: la manida falta de *formación práctica* en el trabajo cotidiano, un tópico donde se detiene la casi totalidad de los periodistas y aspirantes a ello que hemos entrevistado. Por casi totalidad queremos decir que, entre sesenta personas entrevistadas, sólo *una* afirmó que no pensaba que la falta de formación práctica fuese uno de los grandes problemas del periodismo español.

La separación entre conocimiento práctico y conocimiento de otra especie es típica en las interpretaciones más simplistas, miopes y ortopédicas de entre las diferentes, y en ocasiones delirantes, formas que ha adoptado la filosofía idealista a lo largo de sus milenios de historia. Tras esa ruidosa reivindicación del conocimiento práctico se halla, en este caso, lo que podríamos denominar *moralidad experimental-laboral*, es decir, la idea de que la única manera como se puede aprender periodismo es trabajando en una redacción, juicio que implica asumir las normas técnicas y morales del medio de comunicación donde cae el futuro periodista y, por consiguiente, da cuenta de la *desprofesionalización* que está sufriendo actualmente el trabajo en las redacciones.

La ideología del conocimiento experimental no tiene otro objetivo que facilitar la adaptación del profesional a las normas de la institución en la que va a trabajar:

hace más cómodo para el individuo su ingreso en la empresa editorial y mejora el control de ésta sobre las actitudes profesionales de sus trabajadores. Pensamos que existe una *afinidad electiva*, comprobable históricamente, entre este juicio ideológico y la conversión de la mayoría de los antiguos periódicos políticos en empresas comerciales porque a través de él las empresas de información modernas pueden tomar el control de la formación de los periodistas y adaptarlos a unos criterios que son para ellas lo que nunca podían ser para los viejos periódicos de partido: cambiantes. Los continuos vaivenes a que está sometida *siempre* cualquier empresa capitalista tienen grandes influencias sobre los modos de hacer profesionales y producen crecientes niveles de anomía en todo el tejido social. Los periodistas serán, por lo tanto, un colectivo especialmente proclive, por formación y posición, a manifestar esa anomía. Además de la anomía profesional a que acabamos de referirnos, hemos detectado altos niveles anómicos, casi nihilistas, en cuestiones políticas. O si no:

No encajo en ninguna ideología política de ningún partido ni de ninguna tendencia, porque para unas cosas pienso de una manera y para otras pienso de modo radicalmente distinto y de vez en cuando esas maneras chocan y tengo depresiones y esas cosas. No puedo decir, por ejemplo, que la propiedad privada es un derecho fundamental, porque al mismo tiempo pienso que la gente que no tiene casa o no tiene dinero también tiene ese derecho, pero al mismo tiempo puede que yo no quiera ceder y entonces entro en conflicto y me siento fragmentada a ese nivel y a veces no es agradable. Depende de cómo me sienta ese día (Periodista, mujer, 1972).

Ejemplo 2:

Tengo convicciones religiosas, aunque no soy practicante. Pero en política, no. Procuero no tener conciencia de pertenecer a nada. Porque no creo en nadie, soy un escéptico. Un escéptico convencido y militante (Periodista, hombre, 1962).

Ejemplo 3:

Me considero de centro, no sé. La gente vive muy intensamente lo del aspecto político, y se siente muy adscrita al fin. Yo pienso que elijo a unos señores por un tiempo para administrar mi dinero y mis cosas, y si no me gustan pues me cambio sin ningún problema (Periodista, mujer, 1947).

Otro tipo de respuesta habitual y en extremo anómica es la del tipo el periodismo me cambió, que puede representarse a través de estas palabras de un veterano periodista. Aquí la catarsis vital se realiza por medio del periodismo:

Yo fui bastante progre en la universidad, creo que por la época. Veleidades ácratas y polladas de ésas. Y ahora no creo en nada. Es decir, he tenido una vuelta a valores muy tradicionales en sentido amplio. Creo que al final el que te portes bien, el que respetes, el que intentes no hacer daño a tu familia, a

tu gente, la fidelidad, la lealtad, pues es lo importante. No es un giro a la derecha, no soy votante del PP, pero creo que hay valores que hay que defender. No me refiero al sexo ni paridas de ésas, soy muy liberal en las costumbres, pero creo que no tengo ideas políticas muy definidas. Ya no las tengo. Llevo 22 años en la profesión, viajando, viendo desgracias, y te cambia un poco la idea de la gente. Te haces menos tajante. No te crees los discursos, no te crees los sermones (Periodista, hombre, 1952).

Es algo típico de la respuesta anómica el regresar precisamente a los valores tradicionales (el que te portes bien con tu familia y con tu gente) cuya caída en desuso es la causa de la propia anomía. Veamos esta otra toma, en la misma línea:

El periodismo genera un cierto grado de escepticismo supremo, por el contacto con el poder que te muestra la gran distancia que hay entre lo que debería ser y lo que es, y esto lesiona la credibilidad del sistema. Desgraciadamente, esto lo que provoca es que la gente busque una respuesta más individual (Periodista, hombre, 1945).

Sin embargo, las propias ideas políticas no parecen un problema demasiado importante en el ejercicio profesional de los periodistas entrevistados, que dan la impresión de estar acostumbrados a ponerlas entre paréntesis en su actividad laboral cotidiana:

Los periodistas nos autocensuramos. Sabemos para quién trabajamos y cómo debemos trabajar para quien trabajamos, ¿no? Qué cosas se deben decir y no se deben decir o, mejor dicho, qué cosas interesan informativamente a la empresa para quien trabajamos y qué cosas no interesan (Periodista, hombre, 1971).

Y disponen incluso de coartadas autoexculpatorias ad hoc:

Nosotros aquí, en los telediarios, hacemos información. La opinión viene por parte de los responsables que hacen los minutos y valoran las informaciones que deben ir y las que no deben ir, y la que no debe ir porque perjudica a determinado poder tú ya no las haces. Esa responsabilidad no es tuya (Periodista, hombre, 1955).

Además del siempre útil realismo cínico:

Uno puede ser de derechas, y si se le presenta un puesto importante en un periódico de izquierdas pues lo coge y en menos de dos años ya es izquierdista (Periodista, hombre, 1965).

Paradójicamente, no son las ideologías políticas propias las que generan problemas entre los periodistas, sino las ajenas. En concreto, las de los jefes, dueños o gestores de las empresas de información donde trabajan estos profesionales:

Sí que existe identificación ideológica entre los periodistas. Hay un grupo que va con Aznar y otro afín al PSOE, se ve claramente. Pero más que del periodista depende del medio en el que caes y de la parcela a la que te adscriben. Se mete a un señor a hacer defensa y con el tiempo se adscribe al grupo del ministerio porque le dan bastante información y al final hay un compadreo raro (Periodista, hombre, 1945).

Ejemplo 2:

Cuando yo trabajaba en Época, una revista como todo el mundo sabe de derechas dirigida por Jaime Campmany, sabía de sobre que muy difícilmente iba a poder sacar los escándalos que ocurrían en Galicia con Manuel Fraga, por ejemplo. Tribuna me parecía un medio más independiente cuando llegué, pero tenía los caprichos y las manías de Julián Lago. Había una serie de gente muy amiga suya que estaba en una esfera de poder muy importante y que si cometían un error había que ocultarlo. Esas cosas son inevitables, como las antipatías (Periodista, hombre, 1956).

Una servidumbre que puede producir esquizofrenia política cuando el medio de comunicación cambia muchas veces de línea editorial, con el ejemplo extremo de los medios de titularidad pública,

Lo que más decepción produce es trabajar para alguien que va más allá de lo periodístico. A ver cómo te lo digo sin decirlo para que lo entiendas. Tú, cuando trabajas para la COPE o para la SER, sabes para quién trabajas. Y cuando trabajas en RNE sabes para quién trabajas, pero sabes para quién trabajas durante cuatro años, y luego hay elecciones y otros cuatro años, y así. Y eso es muy decepcionante, porque al final hay muchos intereses creados (Periodista, mujer, 1961),

donde los profesionales parecen especialmente anómicos,

Este trabajo es así, lo raro es que dure. Si en las próximas elecciones ganan los socialistas, probablemente yo no seguiré en la radio, pero no porque yo no haya estado con los socialistas en la anterior etapa, que también estuve. Es mucho más complicado. Es complicado incluso que me renueven el contrato el próximo año. A lo mejor el año que viene dicen que no vale lo que yo hago o al nuevo director que nombren no le gusta un editorial por la mañana temprano. Puede cambiar la idea. No tienes que dejar las cosas, porque antes que lo hagas tú te dejan ellas (Periodista, hombre, 1943),

desmoralizados,

Yo no tengo ninguna ambición por escalar, creo que no merece la pena. Yo vengo, trabajo, cobro el dinero necesario y mi vida está fuera. Otra cosa es

que el trabajo me guste y esté contenta, porque yo siempre quise trabajar en Efe, quizá por el anonimato que hay aquí (Periodista, mujer, 1967),

o pasivos:

Es que yo no esperaba nada del periodismo. Como si ahora me llevan a un centro de jardinería, no sé nada, no espero nada. Vi que era un mundillo en que me permitían hacer cosas, poder pensar, hacer programas. Rápido me dieron mucha responsabilidad, a los 19 ó 20 años. Todo lo que venía me parecía bien (Periodista, hombre, 1962).

En medio de este catálogo de miserias, un retrato que parece deformarse a cada minuto, conviene quizá aclarar que los periodistas españoles no son anómicos, sino que manifiestan actitudes anómicas presentes en toda la sociedad. Existen asimismo otros informadores que disponen de un criterio organizador claro y eficaz para realzar con coherencia su trabajo diario:

El periodista sabe que sirve a un amo, nosotros siempre servimos a un amo. Y nuestro amo puede ser tanto el editor como la persona que nos da la noticia. Nosotros estamos tremendamente manipulados, y nos dejamos manipular en aras de nuestra propia profesión y de nuestro propio egoísmo personal (Periodista, hombre, 1943).

REALIDAD Y RETRATO

Entendemos aquí la anomía, en la línea clásica definida por Durkheim, como una disfunción en los discursos normativos que, por algún fenómeno ocasionado en el grupo social que los elaboró y al cual van dirigidos, dejan de adecuarse a la existencia cotidiana; vale decir, abriendo al máximo el gran angular de la representación social, que dejan de ser funcionales para el mantenimiento del orden general.

Desde este punto de vista las instituciones totales⁸, máquinas sociales donde son introducidas aquellas personas cuya estructura simbólica (cognoscitivo-normativa) no coincide con la de la mayoría (o con la de una minoría capaz de imponer por la fuerza la suya), son lugares donde deben darse, por necesidad, unos niveles especialmente altos de anomía, bien porque la aporten o manifiesten sus internos o porque sean producidas durante el lento, difícil y no siempre coherente proceso de resocialización.

Así podría desarrollarse este proceso reeducativo en condiciones teóricas, es decir, si no pudiera darse intervención de ningún otro factor proveniente de la realidad. Pero, en la práctica, los internos de casi todos los tipos posibles de instituciones totales han sufrido varios programas resocializadores diferentes y contradictorios entre sí; algunas personas, incluso, están sometidas a planes de reeducación que son al mismo tiempo permanentes en el tiempo y cambiantes en cuanto a sus contenidos simbóli-

cos, dos situaciones reales que necesariamente llevan consigo la generación de muy elevadas cuotas de síntomas anómicos.

Las palabras de Henryk Korotynski, veterano periodista polaco con cuyas memorias abrimos este artículo, ilustran a la perfección el sentimiento ambivalente de placer y asco con que buena parte de los profesionales de la información se relacionan con su trabajo: aunque no se experimenten presiones políticas directas, es imposible mantener la *pureza moral* en el periodismo. Otro colega suyo, Aleksander Fedro, comparaba en un poema, a mediados del siglo XIX, su trabajo con el del deshollinador, que se ensucia limpiando la basura de los demás.

Los periodistas españoles nos han proporcionado en las entrevistas múltiples muestras de sentimientos parecidos. En el ejemplo que sigue, un profesional sumiso y en apariencia no demasiado anómico realiza lo que podemos llamar, tomando el concepto de Goffman (Goffman, 1994; García Tójar, 1999), un *ajuste secundario*:

Yo creo que en todos los medios en que trabajes nunca eres totalmente libre, no. A mí nunca me han dicho: oye, esta información tiene que ir por este camino. Quizá, quizá, porque yo sabía por qué camino tenía que ir, y eso llámalo si quieres autocensura o autorrepresión, pero tampoco me molestaba porque sabía que había unos techos informativos y yo me adecuaba a ellos (Periodista, hombre, 1955).

Ejemplo 2, frustrado:

Un medio de comunicación pretende que todos los que trabajen para él se adapten un poco al molde que propone, y si un periodista no se adapta tiende a expulsarle ya sea no contratándole o pagándole un sueldo de miseria. El periodista se acaba plegando porque tiene que comer, porque el trabajo está mal y porque seguramente el periodismo que quiere no puede existir porque el periodismo en ningún país es libre ni objetivo. Al final se acaba plegando para poder desempeñar la profesión que le gusta y no ser un frustrado toda su vida (Periodista, mujer, 1971).

Ejemplo 3, comparativo:

Dicen que en Barcelona la prensa es mucho más amable con el poder, pero lo que pasa es que allí la prensa está mucho más presionada. En los dos sitios [Madrid y Barcelona] se hace mucho periodismo oficial, se va a gabinetes de prensa, se va al ministerio, se va a instituciones y aquí se acabó, no se sale a la calle (Periodista, hombre, 1951).

Ejemplo 4, sincero consigo mismo:

Se está haciendo un periodismo cada vez más superficial, muy reaccionario que yo llamo porque siempre es de reacciones a. No hay un análisis rigu-

roso sino que todo el mundo va corriendo con la alcachofa para preguntar ¿qué tiene que decir de las declaraciones de...? Eso es lo que a mí no me gusta, no me gusta ese tipo de periodismo que es el que se está haciendo, y el que yo hago también porque el medio no te pide otra cosa (Periodista, hombre, 1945).

Ejemplo 5, nostálgico:

El periodismo actual sale perdiendo en comparación con el de antes. Hoy no se investiga porque los gabinetes de prensa tienen unos servicios de fax perfectos y al periodista le dan las cosas muy hechas, llega a la rueda de prensa y no pregunta, no está en la calle como estábamos nosotros. Se ha perdido el reporterismo, y ha desaparecido también el empresario de prensa o radio tradicional (Periodista, hombre, 1943).

Hasta aquí manifestaciones de anomía en situaciones habituales, en lo que se entiende por ejercicio normal de la profesión. El sentimiento de repulsión se multiplica cuando intervienen factores extraordinarios, como la corrupción profesional:

Esta es una profesión muy golosa, y la gente se vende ideológica y económicamente con suma facilidad. Conozco tertulianos y gente que critica al poder cuya conducta me parece perfectamente inmoral. Gente que cobra sueldos de la administración por trabajos inexistentes o jamás realizados, a eso me refiero (Periodista, hombre, 1945).

Considérese, por último, una situación extrema y al mismo tiempo habitual, que se produce con creciente frecuencia en los medios de comunicación (en especial en los de carácter público) y que explica con precisión este periodista de RNE, encargado de la información sobre ETA, en un extraordinario ejercicio de autoconsciencia profesional:

Cuando ha habido este tipo de noticias sobre la guerra sucia, de oscuros intereses y maniobras, lo que no me gusta, y por desgracia los periodistas muchas veces lo sentimos, es que muchas veces no sabemos. El periodista recoge y lo que recoge lo da, pero no sabes los porqués, lo que hay detrás. Tienes la sensación de que alguien te está utilizando, de que eres marioneta de algunos intereses que no sabes. Que estás dando una información que favorece o perjudica a alguien pero no sabes muy bien por qué intereses. Esa sensación de que eres un poco marioneta a lo largo de toda una vida profesional, de que te dejas utilizar porque no tienes más remedio, esa sensación es la que a mí no me gusta nada (Periodista, hombre, 1962; el subrayado es nuestro).

Hemos podido ver diferentes indicios, aquí considerados anómicos, de lo que Alain Accardo (Accardo, 1995) llama *miseria de posición* en el periodismo. Igual que los periodistas que él había estudiado se sentían *coolies* (mascotas) de la información, los que aparecen en esta investigación se ven en ocasiones como marionetas mane-

jadas por poderes desconocidos, y eso les provoca sufrimientos de carácter anómico. Accardo se plantea la cuestión de cómo es posible que los periodistas no se rebelen más contra las condiciones de su actividad profesional, y la contesta mediante dos factores diferentes: el *narcisismo* que va implícito en cualquier forma de periodismo y proporciona una placentera sensación de visibilidad y poder a quienquiera que desempeñe este trabajo; y, por otro lado, la *desprotección* profesional (que es laboral o material pero también moral).

Dado que uno de los síntomas más comunes de la anomía en el ser humano es la falta de criterios claros y, por tanto, la tendencia a la inactividad o pasividad, sería fácil concluir, revisitando con nuevo vocabulario una línea de pensamiento bien trillada por los marxistas estructurales y otras subescuelas caducas del marxismo, que la anomía producida en las instituciones totales informativas tiene como objeto reducir al factor individual, el periodista, a la pasividad absoluta respecto de los asuntos comunes para, finalmente, difundir a través de estos canales masivos esa misma *voluntad de inacción* entre los ciudadanos y dejar que "el sistema" "decida" según sus propias necesidades.

Esta interpretación supondría caer otra vez en el mismo absurdo teórico en el que se han precipitado casi todas las corrientes heredadas del estructuralismo a lo largo de su historia: reificar las relaciones humanas y convertirlas en relaciones permanentemente idénticas a sí mismas entre órganos, sistemas o estructuras. Si admitimos como cierto un juicio de esta guisa, no habría otra *solución* que abolir los medios de comunicación, tal y como la pedagogía antiescolar latinoamericana de los años sesenta (Illich, 1978), que quería ser tan marxista como estructuralista, propugnaba la desaparición de las escuelas.

Así que, resistiendo la tentación de culpar de nuestros males a las estrellas —una salida que tiene el aspecto de valiente puesto que se acusa en apariencia al más poderoso (el "Sistema") y la ventaja de que éste nunca se queja ni desdice los vilipendios sufridos—, quien pretenda comprender lo que ocurre debe volver a repetir, como Casio, que los fenómenos sociales responden a relaciones entre personas (e instituciones) y que dependen, en última aunque no única instancia, de la voluntad y la acción de los individuos y grupos implicados. Se abre así la posibilidad de que el ser humano transforme colectiva y conscientemente (pero asimismo en persecución de cualquier tipo de objetivos, queremos decir más o menos democráticos, *para mejor o para peor*) aquellas áreas de la vida social que considere necesitadas de cambios.

Hace unas cuantas páginas definíamos la anomía como un estado de confusión experimentado *temporalmente* por uno o varios individuos en los momentos geohistóricos de grandes cambios sociales. Dado que cualquier forma de organización humana precisa a medio o largo plazo de unos individuos activos y creativos (sin los cuales está condenada al fracaso y al derrumbamiento), no tiene sentido pensar unas maquinarias destinadas siempre y para siempre a generar inacción: estas piezas de la explicación son requisito de la teoría y no de la realidad. La anomía

producida en las sociedades capitalistas sería, desde nuestro punto de vista, una especie de consecuencia *imprevista* del continuo proceso resocializador que es inevitable sólo dentro del actual esquema de ordenamiento social (un pacto entre desiguales permanentemente renegociado por todos los individuos de la comunidad) porque *éste somete, conflictivamente, la totalidad de las relaciones humanas a un tipo concreto de las mismas, las relaciones económicas, que tienen aquí y ahora carácter inestable y que son coherentes sólo respecto de sí mismas (responden únicamente a las necesidades acumulativas del capital)*. La subordinación de todas las relaciones sociales al arbitrio de los vaivenes económicos deja a las normas sociales a la intemperie de múltiples cambios y coloca a todos los individuos (en mayor o menor medida), como los internos de un sanatorio mental, en un continuo y doloroso proceso de socialización profesional y moral que es productor potencial de *anomía*.

Hemos querido presentar, a lo largo de las páginas precedentes, un retrato analítico de los profesionales de la información en España. De sus vivencias, anhelos y frustraciones se desprende una imagen bastante más oscura que la proyectada hacia el conjunto de la sociedad. Nunca antes tuvieron los periodistas un aura de prestigio y una posición de visibilidad social (para utilizar el preciso concepto de John B. Thompson) *como la que disfrutan ahora en el mundo occidental: la demanda de estudios periodísticos no deja de crecer, entre nuestros jóvenes, pese al reconocimiento de su complicada salida profesional y aún más difícil consolidación; los periodistas entran en el imaginario colectivo a través de cada vez más libros, películas y series de televisión; los medios de comunicación se convierten en un espacio profesional soñado (es muy importante subrayar que hablamos de representaciones fabuladas, cuyo contacto con la realidad es muy complejo) por miles y miles de jóvenes, que contemplan el periodismo (junto al fútbol, las pasarelas y un número limitado de ocupaciones) como un trampolín a la fama (por ejemplo) que les sacará —he aquí, tal vez, uno de los orígenes de la tragedia— de sus anodinas vidas cotidianas. Entre todos los monstruos del mundo, decía Baudelaire, hay uno más feo, más ruin, más inmundito: es el aburrimiento.*

Así pues, sucede que mientras el retrato social del periodista occidental refulge más y más en las representaciones sociales, la imagen del colectivo que se construye (por intermediación analítica) a través de sus propias experiencias presenta unos perfiles mucho más ásperos: sueldos escasos (para la gran mayoría), difíciles perspectivas de consolidación profesional, espacios laborales (las empresas) de vida efímera y cambiantes proyectos editoriales, aumento de la competitividad (sana y enferma: el *fair play*, no lo olvidemos, era una norma de la aristocracia; entre el vulgo se dan otros tipos de ética) y un mayor sentimiento de subordinación frente a los demás habitantes del ecosistema (los jefes, los compañeros veteranos, las fuentes, los políticos, etc.), efecto de la debilitación de su propia posición, son algunas de las vivencias habituales de los periodistas que hemos tenido ocasión de recoger y mostrar aquí, y que podríamos englobar en el concepto genérico de *proletarización o desprofesionalización*.

El paralelismo que da título a estas páginas es casi obligado. Mientras el periodista, como Dorian Gray, se mueve entre la admiración que despierta en los salones donde se efectúa el reconocimiento social (hoy en día, fundamental pero no únicamente, en los medios de comunicación de masas), su retrato, escondido en el desván, muestra con una claridad cada vez mayor las huellas de su vejez, cansancio, confusión y abyección morales. El periodista español actual –si acaso esta investigación ha de tener alguna representatividad, y nosotros pensamos que la tiene?– manifiesta, debido a su estratégica posición social, un grado de anomía especialmente agudo. Evidencia, al igual que el protagonista de la novela aludida, un problema común a todas las sociedades democrático-capitalistas en el ocaso del siglo XX. “Cada hombre ve en Dorian Gray su propio pecado –Wilde, 1998, pp. 10-11–. Cuáles son los pecados de Dorian, nadie lo sabe. Quien los encuentra, es que los ha llevado”.

Por lo tanto, carece de sentido analítico preguntarse si unos periodistas anómicos pueden o no, a través de unos medios de comunicación anómicos, generar unos ciudadanos anómicos. La anomía no es la explicación de la explicación, sino la señal de alarma que algunos individuos están lanzando para avisar que algo está cambiando ahí fuera. Tal vez sea la moralidad profesional dominante entre los periodistas o la moralidad dominante en la sociedad; tal vez sea la propia profesión o la propia sociedad. Probablemente sea todo, la civilización capitalista en su conjunto, lo que está transformándose en otra cosa que será mejor o peor dependiendo de lo que todos sepamos, queramos y podamos hacer con ella.

BIBLIOGRAFÍA

- ACCARDO, Alain (1995): *Journalistes au quotidien*. Le Mascaret, Bordeaux.
- ASOCIACIÓN DE LA PRENSA DE MADRID, APM (1990): “Periodistas: un retrato intermitente”. *Periodistas*, núm. 39, diciembre.
- GARCÍA TÓJAR, Luis (1999): *El factor humano. Socioanálisis de los productores de la información periodística en España*. Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid (inédito).
- GOFFMAN, Erving (1994): *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Amorrortu, Buenos Aires.
- ILLICH, Ivan (1978): *La sociedad desescolarizada*. Barral, Barcelona.
- MANCINI, Paolo (1994): *Susurre e grida dalle camere*. FrancoAngeli, Milano.
- MANCINI, Paolo, y PELLEGRINI, Cristiana (1994): “Il popolo dei giornalisti italiani”. *Problemi dell’Informazione*, núm. 2.
- PATTERSON, Thomas, y DONSBACH, Wolfgang (1992): “Journalists’ Roles and Newsroom Practices: A Cross-National Comparison”. *International Communications Association*, 42ª Conferencia, Miami (Florida), mayo (inédito).
- THOMPSON, John B. (1998): *Los media y la modernidad*. Paidós comunicación, Barcelona.
- WEAVER, David (1998): *The Global Journalist*. Creskill, Hampton Press.
- WILDE, Oscar (1998): *El retrato de Dorian Gray*. Akal, Madrid.

NOTAS

- ¹ Dicha investigación ha sido desarrollada en el marco de una tesis doctoral. Cfr. García Tójar, 1999.
- ² El Centro de Investigaciones Sociológicas ha finalizado en 1999 un estudio sobre los periodistas españoles cuyos resultados parecen confirmar las tendencias señaladas en la encuesta de la APM y algunas de las conclusiones obtenidas en nuestras entrevistas personales. Para un avance, cfr. "El 40% de los periodistas españoles ha pensado en abandonar su profesión", *El País*, 14 de septiembre de 1999.
- ³ Los insertos en cursiva son transcripciones directas de las entrevistas realizadas.
- ⁴ Si no se indica lo contrario, las tablas que se presentan corresponden a las entrevistas realizadas para esta investigación. La organización cuantitativa completa de las respuestas está en García Tójar, 1999.
- ⁵ Los ítems "Saber cosas" y "Contar cosas", mencionados juntos en la mayoría de casos, hacen referencia indirecta, igual que "Contacto con la gente", al ítem que aquí hemos llamado "Aventura". Por precauciones metodológicas no han sido agrupados en la Tabla 2.
- ⁶ Una excepción puede hallarse en Accardo, 1995.
- ⁷ Todos los estudiantes de Periodismo entrevistados pertenecían a la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid. Esto deforma en cierta medida el retrato de los aspirantes a periodistas españoles, pero como atenuante podemos alegar que no hemos percibido diferencias importantes entre la visión de sus respectivas licenciaturas que manifiestan los profesionales de otras regiones que hemos entrevistado.
- ⁸ En otro lugar (García Tójar, 1999) hemos desarrollado una interpretación de la vida del periodista en las redacciones informativas comparándola, en *términos metafóricos*, con el conocido estudio del sociólogo Erving Goffman (Goffman, 1994) sobre la vida del interno en los sanatorios mentales (internados que este autor presenta como una manifestación social, quizá la más extrema, de lo que llama "instituciones totales"). La conclusión principal de nuestra interpretación es que las redacciones son un tipo especial de instituciones totales encaminado a la socialización continua de un grupo humano en las normas profesionales y sociales vigentes.
- ⁹ Las conclusiones extraídas de las entrevistas han sido cotejadas con otras investigaciones sobre los periodistas españoles, con la (no muy abundante) bibliografía sobre el tema y con información similar recogida en Italia y Francia. En García Tójar (1999) se da cuenta de las razones que, a nuestro entender y dentro de ciertas condiciones analíticas, permiten confiar en los datos aportados en este trabajo de campo.